

# La mujer en la historia

Natura Olivé



Maternidad, Pablo Picasso, grabado, 1969.

Forum Ediciones



# La mujer en la historia

Natura Olivé

*La mujer en la historia*

Primera edición digital: Enero de 2016

© Natura Olivé

© Forum Ediciones SA de CV

Prolongación Canal Nacional 192

Edificio 1-D-40. Colonia Santa Anita

08300 México, DF.

Teléfono: 55 56 22 38

forum@forumenlinea.com

www.forumenlinea.com

Diseño digital, portada e interiores:

Héctor Quiñonez Hernández

# **La mujer en la historia**

Natura Olivé

**Forum Ediciones**





**Natura Olivé**

Montblanc, 1930.

Madre de Alba y Víctor.

Abuela de Alexis, Andrei y Alvar.

Licenciada en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Maestra en Historia y Etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Obtuvo certificado en estudios de Asia y África del Norte en El Colegio de México.

Ha colaborado en publicaciones diversas: Cuicuilco, fem, Forum, Historia, Memoria.

Es autora de: *Qué país es este, Asalto a la casa de Trotsky, Aquellos niños de Morelia, Mujeres comunistas en México en los años treinta.*





## Índice

Génesis de la sociedad patriarcal

El trabajo de la mujer

El poder del conocimiento

El control del cuerpo de la mujer

El origen del conflicto

La mujer y la historia

La lacerante desigualdad

La difícil cotidianidad

La paternidad asumida

Esta sociedad patriarcal



## Génesis de la sociedad patriarcal

Cuando la realidad del presente que vivimos nos deja perplejos al ver que todavía hoy, en un país como la India gobernado durante largos años por una mujer, cuando nace una niña la partera dice *hua*, que significa: *ha llegado algo*, y en contraste el nacimiento de un niño se celebra con grandes fiestas porque ha llegado *alguien*; cuando en China, después de un largo período de lucha revolucionaria que llevó a la implantación de un régimen socialista, vemos que todavía entre amplias capas de la población continúa siendo un serio problema social el infanticidio femenino; cuando en ciertas culturas la mujer debe cubrir no sólo su cuerpo, sino también su rostro, y sus genitales pueden ser mutilados; cuando todavía en los países de alto desarrollo técnico y científico la mujer no ha alcanzado una verdadera igualdad con el hombre, la condición de la mujer en la sociedad provoca inquietud, preocupación, y como decía el historiador francés Marc Bloch, cuando nuestro presente nos preocupa, buscamos una explicación en el pasado, en ese pasado que la Historia estudia, y que se inicia cuando en el proceso de evolución de la vida, un ser dotado de especiales características físicas comienza a construir su condición humana.

El ser humano es producto de un determinado momento de la evolución de la vida, en él se da lo biológico mezclado a lo social, y en la primera etapa de su desarrollo, su biología es determinante, éste es un dato ya dado, lo humano, lo cultural está en proceso de construcción, y se construye sobre un continente biológico. Biológicamente no es lo mismo ser hombre que ser mujer, mejor dicho: ser hembra o ser macho; la diferencia estriba en el significado que adquiere el hecho de que la complementariedad reproductora sólo sea posible dentro del cuerpo de la mujer.

Este dato tiene especial relevancia en el primer momento histórico, cuando en una sociedad de individuos recolectores, se da una división natural entre los dos sexos, división que condiciona la actividad social de la mujer. Cuando una mujer está pariendo o amamantando no puede, simultáneamente, estar cazando o recolectando frutos; pero si debe participar en estas tareas cuando no se lo impide su responsabilidad biológica. La mujer vive ya desde entonces una situación diferente a la del hombre, ella tiene una doble responsabilidad social: reproducir a la especie y recolectar los bienes necesarios para subsistir.

Después, cuando la economía se transforma y los individuos se convierten en productores, como sucede en todas las sociedades humanas con el advenimiento de la revolución agrícola, al individuo se le valora en función de los bienes que produce. Esta circunstancia hace más notoria la diferencia existente

entre la posibilidad de participación de la mujer y del hombre. Este dedica todo su esfuerzo a la producción; el gasto de energía de la mujer se divide. Ella es productora, pero también reproductora.

Estudiar la historia puede ser el camino para entender el por qué de la desigualdad social que viven todavía hoy el hombre y la mujer.

Por muy distinta que sea la manera de vivir de los diversos grupos humanos todos tienen un rasgo común: la subordinación de la mujer, esto se debe a que una de las características distintivas de la sociedad humana es su condición patriarcal, en consecuencia, al ser humano femenino y al ser humano masculino no se les valora de la misma manera. Al individuo, según nazca hombre o mujer, desde su nacimiento se le asigna un lugar entre los dominadores o entre los dominados. El más miserable de los hombres ejerce un ascendiente sobre la mujer que le es cercana -y lo proyecta a todas- simplemente en función de sus genitales, no necesita más, porque la sociedad patriarcal es falocrática. En ella la mujer ocupa siempre un lugar inferior, y nunca falta en su vida un hombre que ejerza su papel de dominador, ya sea padre, esposo, hermano, hijo, y en ocasiones hasta cuñado.

La Sociedad es patriarcal porque el poder económico y político se encuentra en manos de los hombres; es, por consiguiente, una sociedad fragmentada en masculino y femenino, en ella la vida del hombre y de la mujer aun siendo seres humanos iguales avanza sobre líneas paralelas.

A una de estas líneas corresponde el poder del hombre, a la otra, la opresión de la mujer. El cruce propiciador de un encuentro igualitario, es decir, humano en su máxima expresión, es por ahora imposible, porque las responsabilidades existenciales no se comparten. A cada individuo, de acuerdo con su sexo, se le asigna una responsabilidad existencial diferente. El hombre debe responsabilizarse de la producción de los bienes materiales, esos a los que se les reconoce valor económico y su precio se expresa en dinero. A la mujer se la responsabiliza de reproducir a la especie, si ella no cumple con esta responsabilidad la vida humana simplemente no existe, pero el esfuerzo, el gasto de energía que la mujer debe dedicar a cumplir con esta responsabilidad no puede expresarse en dinero porque no es mercancía que se compre o venda en el mercado, por lo tanto no se le reconoce su valor social, aunque constituya el sostén mismo de la sociedad.

Responsabilizarse es asumir una actitud humana, se podría decir que es la máxima expresión de lo humano, puesto que este rasgo diferencia a la persona del resto de los seres vivos.

La responsabilidad cumplida distingue al individuo, lo enaltece; el incumplimiento lo degrada.

El ser humano al actuar en sociedad vive enfrentado a cumplir una serie de responsabilidades, de entre ellas una es considerada fundamental: producir.

La responsabilidad reproductora al no generar bienes materiales queda fuera de la esfera de lo económico, de lo productivo, de lo que se estima socialmente valioso; tampoco se reconoce que su cumplimiento exige un esfuerzo físico y mental, es decir, un gasto de energía humana.

En la valoración de la tarea reproductora se toma en consideración únicamente su origen natural, lo que lleva a pensar que no demanda de la mujer ningún esfuerzo, en consecuencia, el gasto de energía que su cumplimiento significa no se incluye dentro de la categoría trabajo, aunque se inviertan en ella más horas de esfuerzo que en cualquier otra actividad considerada productiva.

Con esta idea, a la mujer se la ve como un ser improductivo, esto automáticamente la coloca en una situación de inferioridad. Al no reconocerse el valor social de la responsabilidad que la mujer cumple, no se la valora como persona y se la niega como ser humano igual al hombre, reconocido socialmente en función de su productividad.

Se conforma así una de las más graves injusticias sociales, inherente a la condición patriarcal de la Sociedad.

Reconocer este hecho obliga a buscar una explicación, a preguntar ¿por qué? por qué se da esta desigualdad tan tajante entre individuos a los que únicamente diferencia su identidad sexual, un hecho biológico que no debiera tener la menor importancia.

Pero es evidente que sí la tiene, puesto que la sociedad humana es y ha sido patriarcal, en consecuencia injusta para su mitad femenina, algo que en nada beneficia y mucho perjudica al ser humano en su conjunto.

Al afirmar que la sociedad es y ha sido patriarcal el problema se sitúa en la dimensión del tiempo, adquiere así una perspectiva histórica; y, en efecto, es en el análisis de la historia donde podemos encontrar respuesta para este *por qué* que nos preocupa, dado que al ser humano - ente histórico por excelencia – es su historicidad la que lo conforma.

Si el estudio de la historia puede explicar la desigualdad que hombre y mujer viven en la sociedad es, porque como dice el historiador Eric J. Hobsbawm:

“La cuestión fundamental en historia radica en cómo se desarrolló la humanidad desde el más antiguo primate utilizador de utensilios hasta nuestros días”. (1)

Esta afirmación nos lleva, en principio, al origen del ser humano, origen que se da a partir de un individuo del orden de los primates, al que ciertas características físicas: una posición erguida, el pulgar oponible, entre otras, permiten un desarrollo cerebral que posibilita la condición humana, condición que, es esencial dejar claro, no es un hecho fortuito que sucede de la noche a la mañana, tampoco es una dádiva del cielo, es un proceso largo, muy largo, que ese primate de nuestro origen inició hace muchos, muchísimos años, y en el que todavía hoy nos encontramos inmersos.

Nada de este largo proceso humanizador podemos desdeñar, ni dejar de lado, sí queremos entender los problemas fundamentales que enfrenta hoy la humanidad, porque lo histórico es totalidad y es continuidad.

El historiador francés André Leroi-Gourhan explica esto cuando escribe:

“Sin contar con la Ciencia de la prehistoria, el lado más maravilloso y misterioso de nuestro destino nos pasaría desapercibido. Los tiempos históricos no representan más que unos pocos minutos de la larga duración de la humanidad. Si no conociéramos más que este periodo de tiempo, ignoraríamos la obstinada lucha que desarrolla el hombre en busca de su propia realización”. (2)

Es necesario, pues, comenzar por el principio, cuando ese primate que nos conforma y nos sitúa en nuestra condición humana inicia su evolución. Es fundamental entender que en ese momento comienza nuestra historia, que somos todo lo sentido, experimentado, vívido, por esos seres que nos antecedieron, nada de su transcurrir sobre este planeta Tierra nos es ajeno.

También es importante entender que su aventura inicial no está tan lejos de nosotros a pesar de que han transcurrido aproximadamente cinco millones años desde entonces. Muchos años desde le perspectiva de una vida humana, pero no tantos para el tiempo histórico.

Han sido años de arduo aprendizaje, y en ese aprender todavía estamos. En ese aprender vivimos.

Sabemos que nuestros antepasados comenzaron de la nada, que salvo su posibilidad de desarrollo, es decir, de humanización, nada tenían. Todo tuvieron que crearlo, inventarlo.

Eran recolectores, subsistían con lo que la naturaleza ponía a su alcance, y aprendían, se humanizaban aprendiendo, experimentando, en su cotidiano vivir.

Aprendieron a conocer las diferentes plantas, a servirse de ellas para alimentarse y para curarse; a adueñarse de los animales, primero de los más pequeños, después, a medida que sus fuerzas aumentaban, también de los más grandes.

Pero fundamentalmente aprendían de su cuerpo, esta fue su primera fuente de conocimiento. Nada tenían más cerca, vivencias, sensaciones, emociones, asombros, experiencias, provenían de ese cuerpo que habitaban. Y frente al cuerpo que los identificaba, vieron el cuerpo del otro, un cuerpo que no es igual, que muestra diferencias.

Es a partir del funcionamiento de su organismo que surgen en el individuo las primeras inquietudes existenciales, En principio, no todos los organismos son iguales. El cuerpo de la hembra causa asombro, sorpresa, inquietud. Casi niña comienza a menstruar, la sangre es siempre impactante –cuando se sangra la vida corre peligro–. Pero con esto, el misterio de su cuerpo apenas comienza a mostrarse.

Pronto se embaraza: su vientre se abulta, sus pechos se hinchan, y en trance de dolor, nace de ella un nuevo ser para el que su cuerpo proporciona el alimento necesario.

Ante el organismo femenino surge el desconcierto, pero también la admiración y el asombro; cómo entender el misterio, cómo explicar el nacimiento de la vida, cómo aceptar el milagro. Sólo queda reconocerlo, el cuerpo de la mujer es el prodigio que genera la vida.

El organismo masculino en nada se le asemeja, ninguna función especial lo distingue, en todo caso lo único que podría singularizarlo es un pene en erección.

En los primeros tiempos históricos las diferencias biológicas son decisivas, impactan severamente el cerebro de quienes están iniciando su proceso evolutivo.

¿Qué pasa? se preguntan, y la pregunta los lleva a reconocerse diferentes. Se asumen macho y hembra.

El tiempo pasa, los años se suceden, el cerebro se desarrolla, crece, se ensancha, reflexiona, piensa, es ya mente, sustancia activa, complejidad, misterio, razón. El ser pensante observa y distingue, ve, capta y señala las diferencias. Coloca a macho y hembra en posiciones diferentes:

*no son cuerpos iguales*

*no cumplen la misma función*

*no son lo mismo*

Un hecho rotundo, contundente, apabullante, lo demuestra: Todo el proceso reproductor de la especie se realiza dentro del cuerpo de la hembra/mujer.

Sólo ella se reproduce. La participación del macho en este proceso no se ve, no hay nada que la haga evidente, nada demuestra su participación en el hecho reproductor. Y en esos tiempos lo que no se ve, se ignora. Sólo se conoce lo que está a la vista.

La creencia de que es la mujer la única que se reproduce abre un abismo entre macho y hembra, entre hombre y mujer. Ella es un ser especial, en sus entrañas está la vida.

Y la vida se mantiene con el alimento cotidiano, con las plantas y los animales necesarios para el sustento de todos los días. No siempre están al alcance de todos; en ocasiones la naturaleza es avara y no se reproduce suficientemente, con frecuencia el alimento escasea, se dificulta satisfacer el hambre.

Conseguir los bienes necesarios para subsistir, el alimento de todos los días, el que calmará el hambre, se convierte en preocupación cotidiana. En torno a ella gira la vida.

Nada pueden hacer para lograr una mayor productividad, no tienen posibilidad material de influir en lo que la naturaleza produce, no cuentan con recursos de ninguna clase, todo depende de fuerzas desconocidas, la única posibilidad es desearlo, invocarlo, confiar en que al día siguiente se encuentre suficiente comida para todos, que las plantas y los animales que sirven de alimento, se reproduzcan igual como se reproduce la mujer.

La mujer es fuente de vida, el misterio de la fecundidad la habita, qué mejor que recurrir a su imagen para invocar a la diosa de la fertilidad, la que proveerá los bienes necesarios para satisfacer la más imperiosa de las necesidades: comer.

El cerebro desarrollado es ya materia activa, es mente que registra la presencia femenina en función de su capacidad reproductora.



La mujer es la reproductora por excelencia, es esta capacidad de reproducirse la que se destaca sobre todas las demás, con tanta fuerza, que el resto se ignora.

Como reproductora se la mira, se la valora, se la concibe, se la piensa, y esta idea nacida en las condiciones históricas primeras, se fija en la mente humana, y la acompaña durante todo el proceso evolutivo. Son muchos los testimonios que lo prueban.

Cuando culmina la primera etapa de la historia humana, durante un largo período de años, posiblemente unos 20,000, que se inician hace aproximadamente de 30 a 40,000 años, tiene lugar uno de los momentos más espectaculares del arte universal; como en toda manifestación artística, en el arte de este periodo, el Paleolítico Superior, se expresan las vivencias y las preocupaciones de sus creadores. Tema recurrente es, junto con los animales que sirven de alimento, la mujer, con mucha frecuencia representada únicamente a través de su sexo. La idea de la mujer como reproductora guía la mano del artista, — ella es lo que su sexo produce - tres líneas simbolizando una vulva, reproducidas una y otra vez, hasta la saciedad, le bastan para señalarlo.

Pero no sólo se la dibuja, también se la esculpe. Las investigaciones arqueológicas han encontrado por doquier estatuillas que la muestran, casi siempre, en su faceta fértil, vientre abultado, anchas caderas, senos voluminosos.

Por otra parte, se recurre a la concha de cauri, que asemeja una vulva femenina, para buscar protección, se la usa como amuleto, prueba de ello es que se la encuentra, a menudo en grandes cantidades, junto a los restos que de nuestros antepasados se han podido conservar.

Pasan millones de años, y el período Paleolítico termina; entonces una revolución, la más trascendental que ha vivido la humanidad, tiene lugar. Los seres humanos aprenden a producir sus alimentos, ya no dependen únicamente de lo que la naturaleza pone a su disposición, comienzan a domesticar a los animales, y descubren que una semilla enterrada en la tierra, regada y cuidada se reproduce, se multiplica, convirtiéndose en una planta generadora de muchas semillas.

Han descubierto la agricultura. La revolución agrícola, también llamada neolítica, ha tenido lugar. Esto sucede hace sólo 8 ó 10,000 años, en tiempo histórico podría decirse que fue apenas ayer.

En esta etapa neolítica cambia radicalmente la vida de nuestros ancestros, ya no son simples recolectores, ahora son productores, lo que quiere decir que tienen la capacidad necesaria para controlar la producción de sus alimentos; saben que no pueden comerse todas las semillas que sus plantas producen, que deben guardar una parte para que se reproduzcan.

La idea de fertilidad se asocia a su vida con mayor fuerza, ahora su preocupación fundamental es que la semilla que depositan en la tierra se multiplique convirtiéndose en planta; que la tierra que la cobija sea lo suficientemente fecunda para que la planta crezca y proporcione alimento en abundancia.

Les preocupa que la tierra, que ya saben fértil, se reproduzca a imagen y semejanza de la mujer; y la representación de la mujer fértil, la mujer sexo, se multiplica como nunca antes.

Las excavaciones arqueológicas dedicadas a este periodo dan cuenta de infinidad de lugares donde en cada casa se ha encontrado un nicho - aunque sería más correcto llamarlo altar - conteniendo una estatuilla femenina, representación de la diosa de la fertilidad, con frecuencia realizada de la manera más burda, hecha por manos inexpertas bajo el impulso de una necesidad existencial; para vivir es necesario contar con su protección, La figura fértil es presencia constante, necesaria, es fuente de seguridad, garantía de vida, es anhelo y esperanza.

La idea de fertilidad ocupa un lugar muy especial en la mente y en la vida de nuestros antepasados neolíticos. La mujer que es fértil y genera vida, simboliza esta idea.

Las ideas son fuerzas poderosas que marcan el vivir cotidiano; a su imperio nadie escapa, forman parte de la vida de las personas, las configuran, y bajo su influjo actúan.

Idea y realidad se mezclan determinando la manera de ser, de existir, de ver y pensar la realidad circundante.

La idea de la mujer como reproductora, hecho que se identifica con un cuerpo fértil y un sexo generador de vida y placer, ha ocupado un espacio fundamental en el proceso evolutivo de la humanidad, ha acompañado todo el acontecer histórico, y ha desempeñado un importante papel en la construcción de la condición humana.

Todos los seres humanos han estado marcados por esta manera de pensar la condición femenina. Esta idea ha penetrado hasta el último resquicio de su cotidianidad.

Cuando las ideas toman fuerza se convierten en creencias. Creer es una necesidad que al amparo de lo desconocido se refuerza. Si se desconoce por qué la mujer se reproduce, mayor es el impacto que este hecho produce y la creencia en la singularidad del organismo femenino se refuerza.

Todo lo desconocido que el cuerpo de la mujer encierra, pasa a formar parte de la vida cotidiana del hombre y de la mujer; este desconocimiento forma parte de su relacionarse, de su verse, y de su mirarse; también les sirve para valorar al otro y para autovalorarse.

Para la mujer, sentirse dueña de un cuerpo semejante al de la deidad, habitar un cuerpo capaz de crear vida, sin saber cómo explicarlo, sin poder razonarlo, es necesariamente motivo de conflicto.

Pero, para ella, la idea que la asocia a la creación es experiencia vital. La vive. Su cuerpo cumple esta expectativa, y su mente la asume responsabilizándose de las potencialidades de su organismo, responsabilizándose de la vida que crea, cuidando y alimentando el producto de su cuerpo, garantizando que viva.

Su conflicto lo resuelve la mujer viviendo la experiencia, pariendo, amamantando, amando esa vida que brota de ella.

En ese amor, y en esa entrega, vive. Su vivir es dar, dar vida, dar amor, y la dádiva la retroalimenta, le da felicidad.

Para el hombre el problema se plantea de muy distinta manera, él es sólo espectador ante el milagro de la vida; no se reconoce parte de él, porque no sabe cuál es su aportación a este hecho.

Pero su vida transcurre junto a la mujer, íntimamente ligada a ella.

No le es fácil vivir al lado de la hembra. En ella se conjugan la imagen de la deidad protectora y la fuente de la vida, de su vida, pues no ignora que es producto de ese cuerpo, y por si esto fuera poco, la mujer es también sexo, el objeto de su deseo viril.

El peso de la imagen femenina resulta abrumador para el hombre que, para vivir, necesita contar con el favor de la diosa, agradecer a la madre la vida que le

ha dado, y satisfacer su deseo sexual penetrando un cuerpo de mujer; y es esta posibilidad la que le permite reconocerse en la fuerza de su pene, falo poderoso capaz de hundirse en el misterio y obtener placer. Con este reconocimiento encuentra la manera de encauzar su relación con la mujer, una relación que se finca en el poder, un poder falocrático.

Pero su conflicto no queda todavía resuelto, porque en ese aprendizaje que es el proceso humanizador, uno de los hechos fundamentales es la organización de la vida en sociedad, y ésta se sustenta en la reproducción de la especie. Peter J. Wilson, lo explica así:

“Creo yo que el principal problema subjetivo para el género y particularmente para la especie *Homo sapiens*, consistió en organizar la reproducción y por tanto la vida social”. (3)

Una vez más el hombre se encuentra en desventaja ante la mujer, dado que se piensa que en el proceso reproductor él no tiene nada que ver, y son precisamente las relaciones que se establecen entre los individuos, a partir del proceso reproductor, las que sostienen el andamiaje social.

Según el análisis de Wilson, en principio se establece entre la hembra y su cría un nexo primario. Este nexo es el fundamento de la organización social, y de él está ausente el macho.

Paralelamente la hembra establece un nexo de pareja con el macho, sin que por ello éste sea reconocido como padre de sus hijos. Esto sucede sólo cuando para organizar la vida en sociedad es necesario darle al macho adulto un lugar. Es entonces, cuando:

"el parentesco humano se vuelve posible con la transformación del macho adulto en padre, pues esto da al macho una posición complementaria a aquella de la hembra en el proceso reproductor". (4)

Pero el macho adulto sólo puede ser reconocido como padre por decisión de la hembra, y en esta decisión no tiene nada que ver la cuestión biológica, puesto que no existe el conocimiento necesario para ello; es una cuestión puramente social, un arreglo que otorga al macho el estatus social necesario para pasar a formar parte de la red de relaciones sociales que sustentan el parentesco.

La posición del macho en la sociedad, cuando llega a la edad adulta, depende del hecho de ser aceptado por una hembra como padre de sus hijos, aunque biológicamente no lo sea.

Esto explica porque hasta fechas muy recientes — históricamente hablando — la filiación fue matrilineal, y también porque la paternidad se caracteriza por ser una categoría sociocultural, y no natural, como la maternidad.

Empero, esta situación, que en un principio al hombre le resulta desventajosa, a la larga facilita su camino para adueñarse de la riqueza que la sociedad genera, y en consecuencia, también del poder que ésta conlleva.

Cuando con la revolución neolítica los seres humanos se convierten en productores, cambia radicalmente su manera de vivir. Ahora habitan poblados agrícolas, con una economía autosuficiente en la que todos sus miembros necesitan cumplir con alguna tarea productiva para que el grupo pueda sobrevivir. Hombre y mujer tienen la obligación de ser productivos, pero ella sigue responsabilizándose de su capacidad reproductora, nada la sustituye, y tampoco nada la exime de participar de una manera o de otra en la producción. Esta es, todavía, una economía precaria en la que nada abunda, aunque ha alcanzado un mayor grado de desarrollo; además de la agricultura se practican diferentes oficios, como por ejemplo, la alfarería y el tejido.

De hecho, la sociedad neolítica es ya una auténtica sociedad de productores, y en ella, a la persona se le valora en relación a la calidad y a la cantidad de bienes que produce, y también por el nivel de responsabilidad que asume en el proceso productivo. Factores todos, que en última instancia, son resultado de la cantidad de tiempo dedicado al trabajo.

El hombre puede dedicar todo su tiempo y esfuerzo a la producción, con la mujer no sucede lo mismo; ella además de producir, debe parir, amamantar, y cuidar a su prole, es decir, debe reproducir a la especie. En la medida en que la realización de esta tarea exige un gasto de energía humana debe considerarse trabajo, aunque por su origen natural no se le reconozca valor económico. Se puede afirmar, pues, que desde siempre, a lo largo de todo el proceso de desarrollo histórico, la mujer ha cumplido una doble jornada de trabajo.

Esta duplicidad de esfuerzos le impide alcanzar un nivel de productividad y de especialización igual al del hombre, y le impide también estar disponible para asumir la responsabilidad de la producción en el momento necesario. Como productora muy pronto se ve colocada en un segundo plano, en consecuencia, el trabajo femenino se valora de diferente manera al trabajo masculino, éste se considera fundamental, aquél complementario y secundario.

Esta valoración diferente del trabajo del hombre y de la mujer los coloca en una posición social desigual, y esta desigualdad se pone de manifiesto, en

principio, dentro del ámbito familiar, porque desde que los seres humanos comenzaron a ser productores, y hasta hace muy poco tiempo, el núcleo productor fue la familia, y el lugar de trabajo, el hábitat familiar.

Dado que la mujer como productora no puede mostrarse como igual al hombre, queda en una situación de inferioridad frente a éste, que así tiene la posibilidad de asumir el control de todo lo producido por el grupo familiar, incluyendo el trabajo aportado por la mujer.

Al obtener el control de la producción y responsabilizarse de ella, el hombre adquiere una posición ventajosa dentro de la familia. Esto permite, que de entre todos los hombres, el padre — el que ha acumulado vida y experiencia — asuma el control de la riqueza familiar, y, lógicamente, del poder que ésta genera.

Riqueza y poder que lo convertirán en el patriarca — el que manda en la familia — dueño y señor de todo lo producido. Y a la sociedad en que mandan los hombres, en una sociedad patriarcal.

Esta condición patriarcal de la sociedad es, pues, consecuencia de las circunstancias en que se dio la evolución humana; por su carácter universal nos recuerda que todos los seres humanos son iguales, todos comparten el mismo origen, y todos han vivido el mismo proceso evolutivo.

Superar el carácter patriarcal de la sociedad es una etapa necesaria en el proceso evolutivo de la humanidad, es, también, requisito indispensable para el perfeccionamiento de la condición humana.

Notas:

(1) Hobsbawm, Eric J., **Marxismo e Historia Social**, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1983, p.91

(2) Leroi-Gourhan, André, **Los Cazadores de la Prehistoria**, Ediciones Orbis, Barcelona, 1986, p.157

(3) Wilson, Peter J., **El Hombre Como Promesa**, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p.162

(4) Ibidem, p. 99

## El trabajo de la mujer

Ser creadora de vida, reproductora de la especie, demanda de la mujer garantizar la supervivencia de esa vida. Es ella la reproductora evidente, para la mente primitiva crear vida constituye un misterio, cómo, porqué, quién, son interrogantes que durante milenios, un larguísimo periodo histórico permanecen sin respuesta. La función de padre es desconocida, el hombre queda al margen en este proceso; el hijo es sólo hijo de la mujer, en consecuencia la filiación es matrilineal, ella es la responsable del nuevo ser, debe nutrirlo, su cuerpo produce el alimento necesario, parte de su tiempo lo ocupa en esta tarea. Debe también responsabilizarse de su desarrollo durante todo el tiempo que dure su formación. El ser humano necesita un largo período de tiempo, años, para alcanzar un nivel de autonomía que le permita valerse por sí mismo; un tiempo muy largo que debe vivirse en un ambiente propicio, en un entorno que reúna las condiciones adecuadas para que este desarrollo se dé de la mejor manera. La mujer debe crearlo, junto con sus hijos conforma un núcleo familiar del que ella es la responsable. Tarea ardua que obliga a la mujer a realizar una gran variedad de labores que demandan de ella tiempo y esfuerzo, lo que implica gasto de energía, y en términos económicos, trabajo, es precisamente eso; un gasto de energía. Pero el trabajo que realiza la mujer queda en el espacio familiar, privado, no se lleva al mercado, no es mercancía que se pueda vender o comprar, en consecuencia no se reconoce su valor económico.

El trabajo distingue al ser humano, lo enaltece, el trabajo es esfuerzo, es también creación, imaginación, pero el ser humano se ha decantado por ver el trabajo como mercancía, por valorar sólo su costo; en consecuencia, al trabajo de la mujer, que no conlleva un costo económico, porque no se paga, se le ha negado su valor, pero el trabajo de la mujer es la actividad fundamental para la construcción de humanidad, es el trabajo que sustenta y construye la vida, el cimiento de la sociedad.

Dice el historiador Eric Hobsbawm: "La historia en el sentido más amplio de la palabra, consiste en averiguar cómo el Homo sapiens pasó del Paleolítico a la Era nuclear."

En ese cómo, el soporte primero es el trabajo de la mujer, todo el proceso de construcción de humanidad ha tenido como sustento el trabajo de la mujer, ese, en torno al que se construye la familia, célula fundamental del tejido social.

En la cueva de los cazadores-recolectores, la mujer, mientras velaba por la supervivencia del hijo, preparaba el alimento que también compartiría con el hombre que hubiese admitido como compañero, éste pasaría entonces a formar parte del grupo familiar. Mientras la mujer paría o amamantaba, no podía salir a buscar alimento, el hombre aportaba entonces el alimento necesario, asumía así el rol de proveedor, pero no se responsabilizaba de la vida familiar, no sabía cómo, ese espacio le era ajeno, desconocía su papel de reproductor de vida. El gran reto de la humanidad, es que el hombre aprenda a responsabilizarse de la vida en cuya creación también participa.

En todas las etapas del desarrollo histórico de la humanidad, el trabajo de la mujer ha sido fundamental. Cuando esa mente primitiva en proceso de desarrollo, descubre que de una semilla enterrada en la tierra y regada, nace una planta, el ser humano se hace sedentario y se convierte en agricultor; las plantas necesitan ser cuidadas, la mujer que se dedica a cuidar a sus hijos, se ocupa también de las plantas; el hombre puede seguir cazando y recolectando, no necesita ocupar todo su tiempo en el trabajo agrícola, la mujer dedica parte del suyo a esa tarea.

Las actividades humanas se diversifican, la agricultura facilita la domesticación de animales, se origina un mayor desarrollo económico, una mayor productividad, que con el tiempo permitirá una acumulación de excedentes. El excedente acumulado es fuente de riqueza y de poder. No todos los individuos tienen las mismas posibilidades de acumular riqueza, la sociedad humana se fragmenta entonces en clases sociales. Llega un momento en el que algunos no sólo pueden ser dueños de bienes materiales, pueden llegar a ser propietarios de seres humanos que trabajan para ellos. Llega la época de la esclavitud, los seres humanos son esclavos o plebeyos y otros más, patricios, pero todos necesitan vivir en un grupo familiar donde la mujer es la reproductora y la creadora de esa vida, esclava, plebeya o patricia. Es el trabajo de la mujer el que sostiene esas diferentes maneras de vivir, es el alimento que ella prepara, las necesidades existenciales que, con su esfuerzo, ella satisface, lo que permite el trabajo del esclavo, del plebeyo y del patricio.

A medida que la humanidad avanza, la economía se desarrolla y la productividad aumenta, surgen nuevos modelos de producción y nuevas clases sociales. El señor feudal se adueña de grandes extensiones de tierra, la trabaja el siervo de la gleba, quien con su familia las habita y es tan propiedad del señor feudal, como la tierra misma; su cotidianidad la resuelve el trabajo de la mujer que con él viva. El señor feudal también tiene a su lado una mujer que se responsabiliza de su cotidianidad familiar. Lo mismo sucede en las etapas siguientes, cuando la producción se centraliza en la fábrica; el obrero llega a



cumplir su jornada de trabajo sin preocupaciones, porque en su casa una mujer resuelve los problemas de la existencia cotidiana, cocina, limpia, plancha, alimenta y educa a los hijos. La cotidianidad del obrero lo mismo que la del burgués capitalista, se monta sobre el trabajo de la mujer. Así ha sido siempre, a lo largo de toda la historia humana, la mujer ha sido la reproductora, su espacio es el de la creación de humanidad, el espacio donde se nutren los valores humanos, el espacio donde el trabajo no se convierte en mercancía sino en valor humano; para el hombre ha quedado el espacio donde se producen mercancías que proporcionan dinero y poder. La desigualdad social que a través de toda la historia ha acompañado la vida de hombres y mujeres se origina en esta diferente valoración del trabajo que cada uno realiza. Construir humanidad exige que hombre y mujer participen en el trabajo productor y en el reproductor, en igualdad de condiciones.

## El poder del conocimiento

La Historia tiene como tarea fundamental conocer y estudiar la experiencia vivida por el ser humano en ese proceso constructor de humanidad que es el acontecer histórico, experiencia que es aprendizaje y genera conocimiento. La humanidad comienza cuando un ente biológico llega a poseer un cerebro en desarrollo, un cerebro pensante que es la mente humana; entonces piensa, siente, reflexiona, recuerda, aprende, y el primer objeto de aprendizaje es su propio cuerpo, nada hay hecho, todo está por hacer, se percata de que su cuerpo no es igual al del otro que con él comparte la vida, cumplen funciones diferentes, no son iguales, son hombre y mujer, descubre que la vida, la esencia de todo, brota del cuerpo de la mujer. La mujer es la creadora de la vida, ella posee el don de la vida. Este primer saber, este primer descubrimiento acompañará al ser humano en su aventura constructora de humanidad. Después aprenderá en su cotidianidad. Los problemas a que lo enfrenta la vida son acicate para buscar conocimientos, explicaciones. Satisfacer las necesidades de todos los días obliga a encontrar conocimientos nuevos. Con una piedra se construye un instrumento útil, necesario en el quehacer cotidiano; y se inicia también el camino que llevará al ser humano a niveles científicos y tecnológicos tan elevados que le permitirán rebasar los límites de su planeta Tierra y llegar a la Luna.

Empero, los problemas que la cotidianidad presenta a cada individuo no son iguales, de las funciones que su cuerpo cumple se derivan obligaciones distintas. La mujer, creadora de la vida, debe aprender a cuidarla, saber qué alimento necesita, qué cuidados requiere en la salud y la enfermedad, qué comportamiento es el adecuado en cada situación, cómo enfrentar los desafíos, **debe enseñar a vivir**.

La mujer desarrolla un conocimiento para la vida, construye saberes indispensables, fundamentales para el vivir de todos los días, tarea ardua que requiere dedicación, esfuerzo, capacidad imaginativa, y que resulta esencial para el buen funcionamiento de la sociedad.

La sociobiología dice que todas las formas de comportamiento social, incluido el sexual y el parental, tienen una base biológica, esto explica que el hombre no se sienta obligado a desarrollar saberes necesarios para la vida, es ajeno a esa preocupación, su biología no le dice que participa en la creación de la vida, debe aprenderlo a través de su mente humana.

En el acontecer histórico hombre y mujer recorren caminos paralelos, la mujer se queda en el conocimiento cercano a la vida, doméstico.

La humanidad avanza construyendo, creando nuevos conocimientos, cada vez más sofisticados, éste es el terreno del hombre, él no está atado al aspecto biológico de la vida, se ocupa de descubrir nuevas maneras de producir, de obtener una mayor cantidad de bienes materiales, esos que generan riqueza y dan poder. Entre hombre y mujer se abre una brecha enorme, su campo de aprendizaje no es el mismo, para el hombre queda el saber científico y tecnológico, para la mujer el saber de la vida, ese para el que no se crean universidades, ese que se transmite de madre a hija, de mujer a mujer, siempre cerca del ámbito natural, lejos de lo que tradicionalmente se ha considerado cultura, creación de la mente. Ésta ha sido la realidad que ha acompañado el vivir humano. El conocimiento ha sido poderosa fuente de poder, quien lo posee vale, quien carece de él es un ser devaluado. El conocimiento, producto de la mente, creación humana por excelencia, es sin duda el valor humano máspreciado, todas las formas de poder giran en torno al conocimiento, todas necesitan de él.

La devaluación social de la mujer se sostiene por su falta de participación en la creación de conocimiento. El conocimiento creado en el transcurrir del acontecer histórico es producto de una mente masculina, el hombre lo ha generado a partir de su muy particular manera de ver el mundo, de él está ausente la experiencia del vivir femenino, es en consecuencia un pensamiento sexista, en él no se expresa lo humano más que parcialmente. A la mujer, igual que en el primer momento, en el inicio de la humanidad, se la ve exclusivamente como la reproductora de la vida, y es valorada por los atributos físicos que le permiten cumplir esta tarea, esta manera de ver a la mujer no ha variado ni un ápice, desde el comienzo de la humanidad siempre ha sido así y sigue siendo así. Se la ha ignorado como ser humano total, poseedora de un cerebro pensante, de una mente humana activa, en consecuencia se la ha negado como persona libre y autónoma. El conocimiento creado por el hombre ha ignorado a la mujer a tal grado, que ha usado la palabra hombre como sinónimo de humanidad.

Los estudios científicos, filosóficos, antropológicos, tienen como eje al hombre. Piensan, analizan, reflexionan en torno al hombre, no en lo humano que se expresa en el ser hombre y en el ser mujer; la mujer les resulta invisible. El ejemplo más claro, más evidente de esto, es el de los estudios históricos. Para la historiografía hasta muy recientemente la mujer no existía, se ocupaba exclusivamente de la esfera del poder político, del que la mujer históricamente no ha tenido la posibilidad de formar parte, ignoraba que en el quehacer histórico se conjugan todas las esferas del vivir humano.

El espacio de la mujer, su cotidianidad, ese donde se forma el ser humano en el momento más definitivo de la vida, que es la infancia, no fue objeto de estudio, de análisis, porque desde la óptica masculina no se le valora. Los estudios históricos no reflejaron la totalidad del vivir humano, el ser humano mujer como entidad total quedó fuera de la historia. Los sujetos del análisis histórico fueron siempre hombres, el mensaje devaluatorio que esto conlleva norma la vida de la mujer, no le deja ni la opción de soñar en ser reconocida como una persona valiosa para la humanidad.

El conocimiento creado por el hombre ha construido un mundo donde priman los valores masculinos, un mundo que gira en torno a la fuerza y el poder, en él los valores humanos quedan muy rezagados.

## El control del cuerpo de la mujer

La sociedad humana se ha construido de tal manera que el poder ha quedado en manos del hombre, las características biológicas diferenciaron el desarrollo de cada individuo en función de su sexo, determinando su lugar en la sociedad, preponderante el del hombre, subordinado el de la mujer.

La evidente capacidad reproductora de la mujer ha sido en cada etapa histórica motivo de inquietud. En los inicios, cuando la humanidad comienza su andadura por el tiempo, es el asombro, el pasmo ante ese inexplicable hecho que el hombre mira y la mujer vive. Después, la imperiosa necesidad de controlar ese poder reproductor de la mujer.

A medida que el tiempo avanza el ser humano sabe más, produce más, se pueden acumular riquezas, atesorar excedentes que pueden ser más duraderos que la propia vida, el hombre, el patriarca, que es el dueño, necesita asegurar ese patrimonio, transmitirlo a sus herederos legítimos, para ello debe garantizar esa legitimidad ejerciendo un severo control del cuerpo reproductor; la mujer es el vehículo para tener descendencia, la función de la mujer es parir, en relación a este hecho se la valora, su dimensión humana se pierde, se ignora, la mujer como persona íntegra, total, como ser humano se borra, no existe en esa visión masculina, crear vida es su cometido, esa vida que también es propiedad del patriarca, igual como lo es la mujer que la produce, porque es él quien garantiza su alimentación, su subsistencia. Desde que nace la vida de la mujer queda bajo el control del patriarca, marcada por las normas que éste establece; durante la infancia debe aprender cuál es su papel en la vida, que no es otro que servir al hombre; se le enseña a ser obediente, solo ese es el camino que tiene ante ella, la obediencia la llevará al matrimonio, la pondrán en manos de quien el patriarca decida, siempre tomando en cuenta sus propios intereses; entonces pasará a obedecer al marido, vivirá una vida vicaria acorde con las decisiones de su nuevo propietario; si enviuda, el hijo asumirá el control sobre su vida, él decidirá lo que la madre debe hacer y cómo debe vivir, nunca, en ningún momento, en la sociedad patriarcal, la mujer es libre, no tiene un solo momento de autonomía, desde el nacimiento está condicionada a ser la reproductora, no se espera de ella otra cosa, el control sobre su cuerpo reproductor es férreo y total, el patriarca es un celoso propietario.

La sociedad patriarcal necesita crear mecanismos de control de la vida de la mujer, de su capacidad reproductora, ésta debe, en cada momento del

acontecer histórico, responder a las necesidades que las circunstancias demanden.

Uno de los mecanismos más ofensivos y que más atenta contra los derechos esenciales del ser humano mujer, es el hecho de legislar sobre el aborto, el patriarca se otorga el derecho a decidir, a prohibir el aborto, algo solo posible por el dominio absoluto que el hombre ejerce sobre la sociedad, el aborto es pecado, el aborto es inmoral, gritan a coro los poderes patriarcales, ignorando la esencia humana de la mujer, sus sentimientos, inmiscuyéndose en una situación tan íntima, tan delicada que la lastima en lo más profundo de su ser.

Y en la lucha por el poder político queda atrapado el tema del aborto.

Tanto da manifestarse en contra o a favor de la legalización del aborto, en las dos posiciones se le está negando a la mujer su condición de persona autónoma dueña de su libre albedrío, en ambos casos hay una intromisión en un asunto privado y trascendental, que nadie debiera arrogarse ni tan siquiera el derecho a opinar sobre ello. Es la vida misma, física y emocional de la mujer, lo que está en juego.

Opinar sobre el aborto es una falta de respeto a la condición humana de la mujer, además conlleva en todos los casos una intención mezquina, responde a intereses de grupo que tanto si lo apoyan como si lo rechazan buscan aprovechar el tema en beneficio propio, siempre desde su muy particular lucha por el poder. Es un *te digo lo que debes decidir hacer con tu cuerpo desde mi muy particular interés*. Una manera más de señalar la subordinación de la mujer, evidencia clara del menosprecio hacia ella que el poder patriarcal lleva implícito.

Legislar sobre el aborto es una de las expresiones más humillantes del sometimiento a que está expuesta la mujer en la sociedad patriarcal. Cuando se legisla sobre el aborto no sólo se estigmatiza a la mujer, también se la castiga, es ella la única que aborta, es ella la única culpable.

El aborto es un problema de salud, por lo tanto un problema social, como tal demanda la aplicación de políticas públicas que concienticen tanto al hombre como a la mujer de su responsabilidad en el hecho reproductor, asumiendo cada uno su particular responsabilidad reproductora. Dado que el embarazo es asunto de dos, tan responsable es el hombre como lo es la mujer, algo que al poder masculino se le ha olvidado señalar a lo largo de todo el proceso de desarrollo histórico.

Evitar abortos demanda, ante todo, educar para crear un entorno de respeto irrestricto al ser humano mujer, un entorno de libertad que le permita decidir sobre su vida sin intromisiones. Solo ella debe decidir.

## El origen del conflicto

Cuando el ser humano sabe que de una semilla nacerá una planta y así se producirá el alimento que necesita para subsistir, que hay animales dóciles con los que puede convivir y le proporcionarán alimento, en torno a esas plantas y a esos animales construirá su morada; ya no tendrá que vivir todos los días la aventura de ir en busca del alimento cotidiano, búsqueda siempre azarosa y difícil, ahora cuida de esas plantas y de esos animales, de estos cuidados aprende, sabe cuáles son sus necesidades, cuánta agua requieren, con qué frecuencia debe regar las plantas, cuales son los alimentos más adecuados para sus animales, su tarea es averiguar cómo conseguirlos para que no les falten. En esa actividad cotidiana adquiere conocimientos y responsabilidades, va así experimentando, viviendo, construyendo su condición humana, tarea de todos los días, siempre inacabada. En torno a ese espacio, junto a plantas y animales domésticos, buscando siempre la cercanía del agua, los seres humanos se agrupan, conviven, generan conocimientos nuevos, son resultado de sus vivencias de todos los días. Conforman una sociedad que se sustenta en la seguridad que proporciona tener un lugar donde resguardarse, donde producir el alimento necesario y convivir con la solidaridad del semejante. La vida gira en torno a ese espacio, ese lugar que ofrece tranquilidad. Tranquilidad que en cualquier momento puede verse interrumpida por las poderosas fuerzas de la naturaleza, fuerzas que avasallan y espantan, y que esa mente en proceso de desarrollo no alcanza a comprender de donde vienen, ni por qué, ni cómo, solo tiene preguntas, todavía no ha encontrado respuestas; ante esas fuerzas se encuentra indefenso, inerme; en cualquier momento pueden acabar con su vida, sus plantas, sus animales, su entorno todo, una situación que sólo tiene como respuesta el miedo, miedo ante lo desconocido, el peor miedo porque ante él no hay posibilidad de defensa.

Empero, el cerebro humano, esa mente pensante, se construye buscando respuestas, soluciones para los problemas a que la vida lo enfrenta, explicaciones para continuar viviendo. Porque sucede que un día un rayo cae y todo lo incendia, todo acaba, nada le queda, y ante el fuego solo puede buscar escapar; otro día una tormenta puede destrozarse sus plantas, matar a sus animales, quedarse sin alimentos, puede también suceder lo contrario, que la lluvia no llegue durante tanto tiempo que las plantas y los animales mueran de sed, siempre quedará desconcertado, pero no paralizado, porque esa mente única, especial, que lo hace humano, se mantiene activa, trabaja, piensa, y sabe que en el cuerpo de la mujer se produce la vida, no sabe cómo ni por qué, es un misterio que lo inquieta, que no se explica, se pregunta si también esos poderes dañinos estarán dentro del



cuerpo de la mujer, porque si ella es la creadora de la vida, ella es la creadora de todo, en el cuerpo de la mujer debe estar la Diosa de la fertilidad, allí se origina todo, ella tiene el poder para que la comida no falte, para que el mal no llegue, para que la vida siga.

Tenerla cerca, buscar amparo en la imagen de la mujer, calma la angustia, la incertidumbre. Cuando ese ser primero descubre que con la tierra y el agua se hace el barro, con ese barro moldea un cuerpo de mujer y lo coloca cerca de su vivir. Se han descubierto poblados que datan de esos tiempos ancestrales, donde en cada casa se ha encontrado un altar con una estatuilla de barro que representa el cuerpo de la mujer, la Diosa que simboliza la fertilidad, la que crea vida, la que se reproduce como deben de reproducirse las plantas y los animales que proporcionan el necesario alimento.

Ante ese altar, la mujer ve su propio cuerpo, ese cuerpo que le permite parir al hijo, amamantarlo, contempla en esa imagen la grandeza de la maternidad que su cuerpo la hace experimentar, sentir, gozar, vivir.

El hombre, ante esa imagen ve a la Diosa que lo ampara y protege, siente su apoyo y su protección, pero la ve lejana, no percibe su cercanía, es demasiado poderosa; simultáneamente ve el cuerpo de la mujer-madre y se sabe producto de un cuerpo de mujer, el cuerpo que despierta su instinto sexual, el objeto de su deseo.

Ante ese cuerpo de mujer sus sentimientos se mezclan, entran en conflicto, está la Diosa a la que le pide protección y alimento, está la madre a la que le debe la vida, y está la mujer que su cuerpo reclama. Todo ello, junto, causa desazón, inquietud, es difícil acercarse a quien produce la vida, a la creadora de todo, a ese misterio para el que no tiene explicación, el cuerpo de la mujer le provoca incertidumbre, inseguridad. Solo en su condición de macho encuentra la posibilidad de llegar a ella, penetrar ese cuerpo misterioso, situarse por encima de él, le permite relacionarse con el misterio, con lo desconocido que se encierra en el cuerpo de la mujer. Él está invadiendo ese cuerpo, establece con él una relación de poder, de dominio, se coloca en un espacio de superioridad del que no puede moverse, porque no tiene otro apoyo, no encuentra nada que lo sostenga, junto a la mujer solo puede ser el macho.

Pasarán millones de años, la humanidad evolucionará, pero el hombre ante la mujer y ante la sociedad solo podrá comportarse como macho, salirse de ese espacio lo desestabiliza, desde niño le han enseñado que él es el macho, el poderoso, le han exigido mostrarse como tal, para demostrarlo tiene que imponer

siempre su poder, mostrar su fuerza, que no se dude nunca de su condición de macho. La condición de macho ha opacado en el hombre sus valores humanos, ha contribuido también a construir una sociedad violenta, si no está por encima del otro surge la incomodidad que lleva al enfrentamiento y a la guerra.

## La mujer y la historia

El ser humano es sólo siendo parte de una sociedad, necesita vivir en comunidad, saber sobre la existencia del otro, cómo transcurre su vida, qué le sucede, qué piensa. Se informa, pregunta, comenta; lo importante, lo trascendental se lleva a la plaza pública, se cuenta en voz alta, todos deben saber, estar informados, son acontecimientos relevantes que dejan huella, quedan en la memoria y se transmiten de generación en generación, hacen historia, son la materia con la que se construye la humanidad.

La imperiosa necesidad de conocer lo sucedido, lo vivido, es inherente a la condición humana. Sus vivencias son la memoria que guarda el recuerdo de la experiencia que hay que transmitir, en esa memoria está la vida de los que le antecedieron, pasará a ser la memoria de quienes lo sucederán.

Lo histórico se refiere a la vida, es el conocimiento primero en torno al que todo gira, porque se ocupa de cómo se ha construido la vida humana, es un buscar respuesta a preguntas fundamentales que involucran a todos los seres humanos: ¿Qué somos? ¿Qué hemos hecho? ¿Cómo?

El ser humano es un ente histórico, el único ser vivo que tiene memoria, en esa memoria está el recuerdo de todo lo sucedido, es enseñanza que se remonta al origen, al principio, en ella está la vida humana toda, ese vivir es aprendizaje que perdura, que hace historia, es necesario recordar y contar lo vivido, la condición humana se da en la continuidad histórica, todo queda, todo es un aprender que hay que transmitir a quienes vienen después, será el sustento de su existir.

Desde siempre alguien se dedicó a contar lo que estaba sucediendo y lo que antes había sucedido, para no olvidar, después se escribió para que quedara constancia de los acontecimientos y de los hechos relevantes, aquellos dignos de permanecer en la memoria de todos, los que se deben recordar porque son importantes, definitorios, marcan etapas, momentos decisivos del desarrollo de la humanidad, adquieren así valor histórico, entran en la categoría de lo histórico, lo que se distingue y se sitúa por encima de lo común. Por su importancia se lleva al espacio público, al lugar abierto donde se discuten los asuntos de interés general, allí donde se negocia el poder; para saber, para conocer, para opinar, hay que ser parte, participar, es el lugar donde se puede obtener información.

La historia comienza a contarse en la plaza pública, donde todos pueden llegar, es punto de reunión popular, de convivencia. Los juglares, los trovadores que recorren los pueblos, son los que saben y en la plaza del lugar informan de lo sucedido. Después el conocimiento histórico pasará a las universidades, solo la autoridad académica le otorgará validez, la humanidad ha avanzado, ha alcanzado niveles superiores, más sofisticados, y el conocimiento histórico tiene un mayor peso social.

Desde un principio quienes saben, quienes cuentan, quienes escuchan y se informan son hombres, la plaza pública está abierta a todos, pero las mujeres no pueden llegar a ella, no tienen tiempo ni oportunidad alguna, su responsabilidad reproductora las mantiene ocupadas, el cuidado de los hijos demanda de ellas una dedicación total, su vida transcurre en ese espacio doméstico que se considera privado, exclusivo para los asuntos particulares, en oposición a lo público referido a lo general, a lo colectivo, a lo que se puede llevar a la plaza pública, de lo que se puede hablar en voz alta.

En consecuencia, ha sido el hombre quien desde su muy particular manera de ver ha decidido lo que es importante; lo significativo del acontecer histórico lo ha encontrado en el espacio donde él se mueve; por consiguiente, los estudios históricos se han ocupado fundamentalmente de lo público, el lugar donde se maneja el poder político y económico; los personajes asociados a estas actividades son siempre hombres, cuando una mujer aparece en este ámbito suele ser por casualidad. Sabemos de Cleopatra, esencialmente porque su belleza deslumbró al poderoso general romano Marco Antonio. Isabel la Católica entró en la historia porque los nobles de Castilla dudaron de la honorabilidad de la reina viuda y no reconocieron la legitimidad de sus descendientes, prefirieron que ocupara el trono Isabel, la hermana del monarca fallecido.

Los estudios históricos, siempre en manos del hombre, han visto solo una historia referida al quehacer masculino, no una historia humana que incluya la actividad de la mujer. Su Historia ha sido la historia del hombre.

Una historia que habla de guerras, de pueblos sometidos y esclavizados, de territorios conquistados, de imperios contruidos en tierra ajena, de riquezas arrebatadas a sus dueños por quien tiene más poder, de religiones impuestas por la fuerza de las armas y sostenidas por la fuerza del dinero, de masacres por conflictos étnicos que ocasionan millones de muertos, de aquellos que se otorgan permiso para matar al otro porque es diferente a él.

Una historia que habla de miseria y de barbarie, donde solo la fuerza bruta cuenta, de un desarrollo científico encaminado a matar masivamente.

Una historia de horrores que opaca, oscurece, el inmenso potencial creador de la mente humana, su capacidad infinita para construir maravillas que asombran y enriquecen la condición humana. El sujeto de esta historia ha sido el hombre; la mujer, al no participar en el espacio público, ha quedado encerrada en el ámbito privado, allí donde se resguarda la intimidad de las personas, donde hay que hablar en voz baja para que lo que allí sucede no llegue al exterior, no trascienda. La intimidad de las personas se considera sagrada y en la sacrosanta intimidad del hogar suelen cometerse los más grandes crímenes, pero nadie ajeno tiene derecho a inmiscuirse. El hombre llega allí pertrechado con el poder político y económico que le da el espacio público en el que se mueve, por miserable que sea en el exterior público, en su casa es el amo, el que manda, quienes dependen de él, mujer e hijos, son sus súbditos.

Los estudios históricos han ignorado el ámbito de lo privado porque su origen está en lo natural, en lo biológico, es allí donde surge la vida a partir de una condición biológica dada, sin mediar esfuerzo alguno, simplemente dada por la naturaleza, y lo que la sociedad humana considera importante es el esfuerzo dedicado a producir dinero y poder, a la persona se la valora por el rendimiento económico que su trabajo proporciona. El trabajo que la mujer realiza, crear vida humana, es gratuito, no tiene remuneración económica, no se paga, por lo tanto no tiene un costo económico, no vale, no se considera productivo ni importante, tampoco se ve como parte del hacer histórico; en esta perspectiva, la mujer queda en un segundo plano, ignorada, invisible para quienes cuentan y escriben la Historia.

## La lacerante desigualdad

Vivir en sociedad es compartir, intercambiar, aportar y recibir; nadie puede ser totalmente autosuficiente, siempre se necesita algo de lo que el otro tiene, se lleva al mercado y surge el trueque, te doy esto a cambio de que tú me des aquello. El tiempo transcurre, la sociedad se transforma, avanza, aparecen necesidades nuevas que requieren de satisfactores más variados, más elaborados, a la par, el mercado se desarrolla, crece, la oferta y la demanda alcanzan niveles superiores, el trueque resulta obsoleto, incómodo, ineficiente; en el mercado se asigna a cada producto un valor de cambio, se impone la necesidad de crear un instrumento que lo represente, surge entonces la moneda, en adelante el dinero representará el valor de los bienes necesarios para subsistir. El poder de compra de cada individuo dependerá del dinero de que disponga.

Para obtener dinero hay que producir, en el mercado se señala el valor de un producto en función del trabajo invertido en su elaboración, en consecuencia el valor de la persona se determina en relación al del valor que se le asigna al trabajo que realiza.

La productividad ubica al ser humano en la sociedad, indica su valor social, lo valoriza; la improductividad lo devalúa, una persona improductiva es un ser humano devaluado. El dinero se obtiene produciendo, producir permite comprar, satisfacer las necesidades esenciales de la persona. La condición de productor es una manera de ser, de existir, de estar en la sociedad.

La mujer, al no producir mercancías para vender en el mercado, no puede obtener dinero para comprar los bienes necesarios para su subsistencia y la de sus hijos. La necesidad del ser humano de vivir en sociedad la asocia a un productor, con él forma una familia, el núcleo básico que sostiene el tejido social. Desde el inicio, esta asociación se construye sobre una situación de desigualdad de las partes, son dos seres humanos –hombre y mujer– entre los que se establece una diferenciación sustantiva que tiene una base económica. En ella el productor, el hombre, es el que obtiene dinero, esto le da poder, un poder económico que lo coloca en el rol de proveedor, la mujer y sus hijos dependen de su aportación, él asume este rol de proveedor, aporta los bienes que la mujer no puede comprar porque no es sujeto productor de mercancías, se crea un vínculo de dependencia que se arrastra a través de todo el proceso de desarrollo de la humanidad. Las condiciones históricas primeras propiciaron que el ser humano mujer ocupara en la sociedad un lugar de dependencia ante el hombre que es el

sujeto productor. La mujer, junto con sus hijos, queda supeditada al proveedor quien adquiere así, fuerza y poder; es el que manda, el que decide, la vida de esas personas que él alimenta depende de su voluntad, suya es la autoridad, el poder, nada le impide ejercerlo a su antojo.

En ese pequeño espacio familiar solo una voz se escucha, la del proveedor, que es el patriarca omnipotente, él aporta el alimento que garantiza la sobrevivencia de todos, él es el dueño de esas vidas que alimenta. La autoridad es él, de manera total y absoluta, nadie debe atreverse nunca ni tan siquiera a opinar. Las hijas se casarán con quien él decida, siempre en función de sus intereses, y pasarán a ser propiedad de quien les haya tocado en suerte como marido. Los hijos obedecerán las órdenes del padre hasta que se negocie un matrimonio que les proporcione la mujer que les sirva y los obedezca, alcanzarán entonces la condición de patriarca.

La desigualdad entre seres humanos, la obediencia sin discusión ante el que paga y manda, es lo primero que los seres humanos han aprendido dentro de su entorno familiar; de ese aprendizaje se ha alimentado la sociedad desde que la humanidad inició su proceso evolutivo.

Lo que sucede en ese espacio privado donde se vive la relación familiar, convivencia primera para el ser humano, nunca fue un tema de interés social, la sociedad se mantuvo ajena a lo que allí sucedía, cuando es ese momento inicial el que marca y define al individuo, y la suma de individuos constituye la sociedad.

La mujer, el ser humano mujer, ha vivido su dependencia del patriarca proveedor en un total aislamiento, sometida a sus designios, subordinada a sus deseos, imposibilitada para tomar decisiones. La vida de la mujer, desde siempre, ha sido una vida vicaria, vivida en función de quien le da de comer, ha transcurrido como un no ser, ha sido sólo un pertenecer. Su vida toda ha quedado subordinada a quien le debe proporcionar el alimento necesario, él es el dueño de su vida, el ser humano mujer es sólo una más de sus propiedades. La mujer no ha sido nunca dueña ni de su propia vida, sólo un ser dependiente, anulado como persona, sin posibilidad de ser y actuar libremente, de ella sólo se ha esperado obediencia.

Paralelamente, el andamiaje que hace posible la productividad, esa actividad económica que genera el dinero y el poder que mueven al mundo, se sostiene desde siempre, con el esfuerzo, el gasto de energía, el trabajo cotidiano de la mujer, sin ese espacio humano donde se construye la vida, no sería posible la actividad productiva; el valor que en él se genera. Nunca se ha contabilizado

porque no se ha reconocido como aportación económica, se ha visto como algo que la mujer debe hacer por su condición femenina, lavar, planchar, barrer, cuidar de la salud de las personas, alimentarlas, guiar sus primeros pasos por la vida, se ha considerado tan natural como parir o amamantar, algo dado por la naturaleza, como si fuese una condición biológica específicamente femenina, ajena a la dimensión humana.

El hombre se ha mantenido alejado de ese territorio económicamente improductivo. Hombre y mujer han recorrido en la vida caminos paralelos.

La humanidad se ha construido siguiendo los mandatos de la biología, de la mujer se ha visto únicamente su condición de hembra, su desarrollo humano se ha frenado, se ha considerado innecesario, inútil, no acorde con su naturaleza, como si ésta fuera diferente a la del hombre; visión reproducida a lo largo de toda la historia y todavía operante.



## La difícil cotidianidad

La imperiosa necesidad de reproducirse lleva al ser humano a vivir junto al otro que lo complementa, en esta convivencia se encuentran dos personas, hombre y mujer, su condición humana, las posibilidades de desarrollo de su cerebro, esa mente que los hace humanos, son idénticas, pero el acontecer histórico, el proceso evolutivo de la humanidad, les marcó, en función de su especificidad reproductora, caminos diferentes; debido a ello el hombre ha podido actuar en el ámbito de la productividad, él forma parte del poder económico, por consiguiente, la necesaria convivencia tiene como eje al hombre, quien en su condición de productor se convierte en el patriarca, el que tiene el poder, el que manda. La mujer llega a esa convivencia sin aportar valor adquirido alguno, ella es, en sí misma, solo un valor de uso. La valoración, la importancia que se le reconoce a cada uno es diferente; en la sociedad lo aprendido es lo que vale, no así, lo dado por la naturaleza. El hombre ocupará en ese espacio de convivencia cotidiana el lugar central, en torno a él girará la vida de quienes lo compartan, la mujer ocupará un lugar secundario, subordinado al poder patriarcal que allí se gesta.

La desigualdad entre hombre y mujer comienza en el vivir cotidiano, la vida de los seres humanos a lo largo de toda la historia ha estado marcada por una diferente valoración de la persona según su sexo, es un problema que acompaña al proceso evolutivo de la humanidad desde su origen, involucra a todo el género humano, se manifiesta en todas las culturas, en todos los tiempos y en todas las latitudes.

La vida de la mujer ha estado desde siempre determinada por el poder económico del hombre con el que convive, sea poco o mucho, no importa, ella está atada de por vida, sin escapatoria posible, obligada a satisfacer las necesidades del hombre con el que comparte el día a día, su vida transcurre encerrada en ese espacio privado, aislado del mundo exterior, donde el que manda tiene el poder absoluto, la mujer y la prole le deben sumisión, su opinión es sagrada y debe ser respetada.

En su cotidianidad la mujer vive limitada a cumplir las órdenes del patriarca, debe resolver los problemas de todos los días siguiendo las indicaciones de él recibidas, debe darle apoyo emocional, actuar y comportarse como él lo determine; de su vida, de su actividad diaria está borrada la palabra creatividad, no se puede mostrar independiente en ningún aspecto; no es dueña de nada, ni tan siquiera si recibe una herencia familiar podrá decidir qué hacer con ella, el

patriarca ejercerá su poder y se la apropiará. Ella es sólo ejecutora de los mandatos recibidos; hasta su propio nombre queda borrado, el del patriarca abarca a todos aquellos que de él dependen.

La mujer es tan propiedad del que manda, como lo son los bienes materiales que posee, es una propiedad que afianza su poder, que muestra su capacidad de dominio sobre la otra persona, que se presume como si fuera un trofeo, es su mujer, le pertenece, la exhibe como prueba de su hombría, para que no se dude de su masculinidad, pero él decide cuando y donde la necesita a su lado.

Encerrada en ese espacio privado donde sólo las órdenes del amo cuentan, la mujer se asfixia, se convierte en un objeto; el oxígeno que circula en el exterior, que alimenta el cambio, que acelera el progreso no le llega, queda rezagada, marginada del espacio público donde la persona adquiere valor, donde puede hacerse respetar.

En la cotidianidad que vive la mujer se violenta su condición humana, se le sitúa en un plano de inferioridad insultante que conduce a una violencia materializada de carácter físico, psíquico y económico, va desde golpizas, violaciones, hasta la misma muerte, violencia que se ha ejercido contra la mujer a lo largo de toda la historia sin disimulo alguno, hasta llegándose a ver como algo normal entre quien manda y quien tiene la obligación de obedecer, se ha pensado que ésa es la manera de ser mujer, que así debe de ser, puesto que así ha sido siempre.

El sometimiento vivido por la mujer se ha querido enmascarar presentándolo como consecuencia de una natural debilidad propia de su sexo, cuando esa aparente debilidad es simple y sencillamente resultado de la opresión sufrida por la mujer, una opresión brutal, paralizante, no hables, no pienses, no opines, para eso se necesita ser hombre, le han dicho los poderes fálicos que han gobernado el mundo.

## La paternidad asumida

La paternidad es, como toda la vida humana, un hecho biológico, biología que alcanza una dimensión superior, humana, cuando el cerebro se constituye en mente, esencia de lo humano, eje alrededor del que gira todo el engranaje que mueve al mundo, la existencia toda de la humanidad.

Mente que se construye en el experimentar, descubrir, sentir, en ese aprender de todos los días que es el vivir.

En el principio de los tiempos, para ese ser biológico primero, la paternidad no existía, la vida estaba en el cuerpo de la mujer, ese cuerpo generaba vida, estaba en su origen; la mujer era la Diosa de la fertilidad, en ella se encontraba ese poder superior, mágico, que propiciaba que las plantas y los animales se reprodujeran proporcionando el alimento necesario para subsistir, la magia que alimentaba, que satisfacía, estaba allí en ese cuerpo de la hembra-mujer. La magia era ella, era también el origen del hombre, él se reconocía producto de ese cuerpo. Un hecho dado, vivido, sin explicación, ante el que surgía la pregunta: ¿Cómo, por qué? Y también el asombro ante esa maravilla que es la creación de la vida. La paternidad es un hecho biológico desconocido durante los primeros tiempos de la humanidad, los más largos, esos en los que todo estaba por hacer, por descubrir, cuando se aprende por primera vez, cuando todo está por aprender.

La condición animal inicial no registraba el hecho, la mente humana en proceso de desarrollo no sabía, tardó mucho tiempo en saber, tuvo que construirse experimentando, indagando, aprendiendo, para llegar a saber; pasaron muchísimos años, una muy larga etapa de humanización para que el hombre tomara conciencia de su participación en el hecho reproductor, los hijos eran los hijos de la mujer, de ella nacían. Durante la larga etapa primera de construcción de humanidad, la filiación fue matrilineal, al hombre no se le reconocía involucrado en la creación de la vida, quedaba excluido de ese proceso.

En aquellos tiempos primeros, cuando la base de la economía eran la caza y la recolección, el grupo, la tribu, era el eje de la vida. Se tenía conciencia de ser siendo parte de ese grupo. Sólo así era posible existir.

La mujer, igual que el hombre, se dedicaba a recolectar, participaba en la cacería, era tarea obligada para todos, el resultado obtenido siempre era incierto, la vida era difícil, insegura, en ocasiones enfrentada a situaciones extremas, la

naturaleza no siempre es benigna; todos los días hay que salir a buscar el alimento necesario, el grupo humano debe encontrar los lugares propicios, la cosecha tiene sus tiempos, sus espacios, hay que someterse a sus designios; el clima es cambiante, las estaciones del año marcan condiciones diferentes a las que hay que adaptarse para sobrevivir. El grupo humano se mueve en amplios espacios, necesita siempre encontrar como y donde subsistir. Encontrar el agua indispensable, junto a la comida necesaria, nada está dado de antemano, nada está resuelto, en esos tiempos no había otra opción que resolver los problemas día a día, un animal cazado era el alimento de ese día, al día siguiente habla que volver a empezar.

Esa manera de vivir demandaba, exigía, el esfuerzo de todos, hombres, mujeres, niños, debían buscar todos los días como satisfacer su necesidad más básica: comer. En el grupo, la única diferencia evidente era que la mujer se reproducía y el hombre no. Desde entonces la mujer tiene un ritmo de vida diferente al del hombre, éste es siempre libre para buscar su comida, a la mujer su capacidad reproductora le pone trabas, es en ocasiones un impedimento; en el momento del parto, ella no puede ir a buscar su alimento, depende de la solidaridad que la convivencia ha generado dentro del grupo, la paternidad desconocida la coloca como única progenitora del nuevo ser, el hijo de la mujer será el nuevo miembro del grupo, ella reproduce al grupo, a la humanidad, no al hijo de un hombre.

El tiempo transcurre, las circunstancias cambian, el ser humano alcanza niveles de conocimiento más desarrollados, se descubre la agricultura, la vida ya no es tan azarosa, en un espacio delimitado se puede producir el alimento necesario, la vida se hace sedentaria, el ser humano vive en un entorno que hace suyo, la individualidad aflora, se fortalece, ya no se depende tan directamente del grupo, los problemas pueden resolverse en el pequeño espacio aledaño, la cercanía entre los individuos, hombre y mujer, toma fuerza, conviven en ese espacio que cultivan, toman conciencia de su relación de pareja, los hijos la complementan, la convivencia cotidiana crea entre el hombre y los hijos de la mujer una relación existencial que se aprende en el vivir, comienza a reconocerlos, a sentir que forman parte de su vida, a compartir con ellos.

La vida sedentaria es fuente de aprendizaje, es la cotidianidad que enseña, es el vivir que forma; se aprende a conocer las necesidades de las plantas, su comportamiento, también a domesticar animales, éstos son una fuente de riqueza, pasan a ser parte importante de los satisfactores necesarios para subsistir. La vida se hace menos problemática, más sencilla, el pequeño grupo formado por el hombre, la mujer y sus hijos adquiere solidez, la actividad, el trabajo que demanda

hacer que produzca la tierra que habitan y el cuidado de los animales que domesticar necesita del esfuerzo de todos, cada quien colabora de acuerdo con sus fuerzas en el trabajo cotidiano. No todos tienen las mismas posibilidades, los niños crecen aprendiendo y cooperan según sus capacidades, van desarrollándose; la mujer se ve limitada por su función reproductora y por la responsabilidad que de ella se deriva, el tiempo dedicado a parir no puede dedicarlo a producir, es el hombre el que siempre está disponible, no tiene otra obligación, él puede responsabilizarse de la producción sin problemas, él puede también controlar la riqueza que el trabajo familiar genera.

Esta forma de producción basada en el trabajo familiar, acompaña el desarrollo de la economía, que de ser simplemente una economía de autoconsumo, pasara a producir excedentes que se podrán intercambiar, surgirá entonces el mercado y con él, la posibilidad de un aumento de la riqueza, de ello se derivará un mayor poder económico, un mayor peso de la economía en la vida de las personas. La riqueza que se genera en la convivencia de un hombre, una mujer y sus hijos, es resultado del esfuerzo conjunto, es también la necesaria garantía de la supervivencia de todos, en consecuencia, une, aglutina, crea una interdependencia existencial que lleva al grupo a conformar una familia, será el núcleo que sostendrá el tejido social.

De las diferentes posibilidades de trabajo de cada persona, se derivarán responsabilidades específicas.

El hombre no tiene impedimentos que obstaculicen su participación en la actividad productora, de manera natural se responsabilizará de su buen funcionamiento. Él dirá qué se produce, cuándo y cómo, cuántos animales se comen y cuántos se dedican a la reproducción. Él tomará la dirección de la actividad que produce riqueza, él decidirá cómo utilizarla.

El hombre tendrá el control de la economía, suyo será el poder económico.

Paralelamente, en su cercanía con los animales, ha aprendido que una hembra no se reproduce sin la participación de un macho. Asume que los hijos de la mujer con la que convive, son sus hijos. Se sabe padre, ejercerá su paternidad desde la posición de poder que tiene dentro del grupo familiar, él es el que manda, el que decide, es el patriarca. El núcleo familiar se organiza en torno a la autoridad patriarcal, la sociedad humana también.

## Esta sociedad patriarcal

Escribir la historia, escribir el trauma.

Dominick LaCapra

...un proceso largo, muy largo de formación de vida humana, millones de años en un caminar lento, lentísimo, en un penoso, difícil, recolectar el alimento que la naturaleza buenamente ofrecía; así trascurrió la primera etapa de construcción de humanidad, el periodo Paleolítico, cuando un pedazo de piedra trabajada de manera burda se convertía en un objeto útil para hacer menos difícil el cotidiano vivir; cuando se descubrió que el fuego podía producirse voluntariamente, mantenerlo controlado, servirse de él, proporcionaría calor, alumbraría la oscuridad de la noche. Ese ser biológico con capacidades especiales construía su condición humana aprendiendo a controlar el medio que lo rodeaba, aprovechaba las posibilidades que la naturaleza ofrecía, ella le proporcionaba los elementos necesarios para el aprendizaje. El dominio del medio, del entorno, de la propia vida, obligaba a observar, a pensar, a reflexionar, el resultado era un aprender que - perfeccionaba, enriquecía al individuo, así la condición humana evolucionaba, del homo faver se llegó al homo sapiens, hace de esto tan solo unos diez mil años, fue cuando comenzó el periodo Neolítico, entonces se perfeccionó el trabajo de la piedra, se aprendió a pulirla; se descubrió la cerámica, con este material se elaboraron utensilios nuevos, más prácticos, cumplían mejor su función utilitaria.

Se descubrió la agricultura, el cultivo de las plantas y la domesticación de animales que lleva aparejada, propició la organización del trabajo, obligó a planificar, a delimitar responsabilidades; cada individuo debía cumplir una tarea específica, se jerarquizó la actividad económica, el trabajo de cada persona se valoró de diferente manera, se le otorgó un valor acorde con su importancia. El hombre asumió la dirección del trabajo, la actividad económica quedó bajo su responsabilidad; él asumió la responsabilidad y con ella la autoridad.

En ese momento histórico, la producción de los satisfactores necesarios tenía como eje a la familia, era un trabajo colectivo que se realizaba dentro del ámbito privado, en ese espacio la autoridad del hombre era absoluta, total, él decidía, él mandaba, era el patriarca, el amo, mujer e hijos estaban sometidos a sus decisiones.

El desarrollo económico alcanzado como consecuencia del trabajo agrícola llevó la producción al espacio público, se producía más de lo que la familia consumía, los excedentes obtenidos debieron comercializarse.

La agricultura permitió al ser humano mostrar su dominio sobre la naturaleza, supo que sus acciones y sus decisiones eran importantes, las plantas se reproducirían, producirían alimentos, en la medida que él estuviera al cuidado de ellas; el hombre asumió su responsabilidad de productor, supo también que el excedente obtenido significaba riqueza que se podía intercambiar por otros productos igual de necesarios. Se hizo evidente el significado económico de la producción y del intercambio, en consecuencia adquirió relevancia la noción de mercado. En adelante producción y mercado fueron el binomio que sostuvo la economía, los pilares que desde ese momento marcaron el rumbo de la humanidad, sustentaron su desarrollo.

La autoridad que el hombre, en su papel de patriarca ejercía dentro del ámbito familiar se proyectó entonces a toda la sociedad, él en su condición de jefe en el interior del núcleo familiar, de patriarca, debió salir al espacio público a interactuar con sus pares, a mostrar su poder, a competir para obtener mayores ganancias. Su actividad económica debió ser más redituable, generar mayor riqueza; producir más era la opción, para ello se necesitaba disponer de una mayor extensión de tierra cultivable.

En una economía agrícola la tierra es la mayor fuente de riqueza, la necesidad de producir más llevará a ocupar terrenos baldíos, mientras éstos existan, cuando no, obligará a apropiarse de territorios propiedad de otro, la lucha por la tierra enfrentará a quienes la cultivan. En el ámbito público se encontrarán quienes busquen ampliar sus dominios, será cuestión de mostrar quien tiene más fuerza, en consecuencia al desarrollo económico lo acompañará la guerra; surgirán ejércitos de mercenarios que vivirán de su actividad guerrera puesta al servicio de quien pueda pagarla, quien produzca más, podrá pagar mejor, junto al poder económico que éste detenta, se constituirá un poder militar que estará a su servicio, surgirá entonces un poder político sustentado en la fuerza que emana de las armas y del dinero.

El desarrollo de la economía se acelera cuando cuenta con una base productiva fuerte, sólida, que la sostiene, así sucedió con el descubrimiento de la agricultura, a partir de ese momento, la fortaleza de la economía fue el motor que aceleró el progreso de la humanidad, de aquel lento caminar de los primeros tiempos de construcción de humanidad se pasó a una carrera veloz que ha sido cada vez más rápida, además de asombrosamente productiva, transformadora, constructora de conocimiento, y paralelamente generadora de una barbarie que avergüenza, una crueldad que lastima, una ferocidad inhumana.

La mujer no ha sido sujeto de esta historia, no ha compartido el poder, no ha participado en la toma de decisiones, ha quedado en un segundo plano,

marginada. Las circunstancias primeras del desarrollo de la humanidad colocaron al hombre en el espacio público, allí donde se ejerce la autoridad y se controla el poder, se ha mantenido en él a través de los tiempos, inamovible. La mujer quedó sometida a ese poder patriarcal, que al controlar la producción, en última instancia, la economía, le aporta el alimento necesario para sobrevivir. Ese poder que se manifiesta, en principio, en el seno del hogar familiar y que al expandirse a toda la sociedad ha construido un mundo de hombres en el que la mujer ha ocupado tan solo un lugar complementario, necesariamente, el de reproductora.

El sujeto de esta historia ha sido el hombre, que ha actuado en su condición de patriarca, suyo ha sido el mundo, y ese mundo se ha construido en función de sus intereses; es un mundo masculino hecho a la medida de las necesidades del hombre, en el que la mujer no ha encontrado espacios para participar en condiciones de igualdad, por ello, la productividad de la mujer ha estado al servicio del patriarca, él la ha controlado, se la ha apoderado, ha sido una productividad condicionada a las necesidades del patriarcado, no valorada ni contabilizada como trabajo de la mujer, Y producir es crear, es generar riqueza material y espiritual, es la esencia de la condición humana, es la posibilidad que la distingue del animal, ente puramente biológico, es construirse como ser humano, es ejercer esa condición humana, es ser parte activa de la sociedad; es en función de su productividad que se valora a la persona.

Desde que el ser humano descubrió la agricultura y la productividad pasó a ser el eje de su existencia, la mujer no ha podido ser autosuficiente, no ha podido llevar sus productos al mercado y obtener con ellos riqueza, un hecho que la coloca en una situación de dependencia ante quien tiene el control de la producción y del mercado, el patriarca, dependencia que le confiere a éste, autoridad sobre ella, que subsiste, junto con sus hijos, con el alimento que él aporta, él es el proveedor de la familia. Al no tener la mujer la posibilidad de obtener con su trabajo el alimento necesario, queda sometida a quien se lo proporciona, su vida la controla el proveedor, situación humillante que la coloca en una posición de inferioridad que lastima su dignidad humana.

La mujer ha estado imposibilitada para alcanzar esa esencial autonomía que todo ser humano, desde que nace, está abocado a construir para ser libre, para alcanzar la necesaria libertad que le permita madurar, florecer y construir su propia condición humana, que es lo que le da sentido a su ser, a su existir, por, que la humanidad se construye desde la unicidad del individuo, es la suma de la riqueza aportada por la diversidad individual, un todo indivisible.

La sociedad construida a partir de la productividad ha colocado a los seres humanos en diferentes niveles económicos, la productividad de la mujer ha estado



condicionada por su biología que le ha conferido una responsabilidad reproductora que pone límites a su actividad productora, situación desventajosa frente al hombre que, sin impedimentos para producir, queda al frente de la actividad económica, responsabilidad que le confiere autoridad. La mujer queda en un lugar secundario, subordinado, que la obliga a obedecer.

La desigualdad existencial entre hombre y mujer ha caracterizado a la sociedad humana, ha acompañado el devenir histórico, es una desigualdad presente en el vivir cotidiano, una desigualdad soterrada, subyace en el suceder de todos los días, incide de manera decisiva en la formación del individuo, está en su manera de vivir, de ser y estar en la sociedad, tan arraigada que con el transcurso del tiempo se ha visto como algo natural, propio del ser humano, sin la posibilidad ni tan siquiera de visualizar otra manera de ser, otra manera de vivir; desigualdad que moldea el actuar y el pensar de la persona, que queda atrapada, sin escapatoria, en esa desigualdad que es el pilar que sostiene este modo de estar en sociedad.

Cuando se descubrió la agricultura, se abrió ante la humanidad una gran perspectiva de cambio, fue un momento trascendental, el ser humano emprendió una vertiginosa carrera que lo llevó a un futuro de superación científica y técnica espectacular, entonces todo empezó a cambiar, cada vez con mayor rapidez, con mayor trascendencia, el mundo fue otro, sólo perduró en esa nueva sociedad la desigualdad entre hombre y mujer. La sociedad humana ha estado desde siempre, marcada por esta desigualdad, va asociada a la idea de superioridad masculina y paralelamente de inferioridad femenina; superioridad es sinónimo de fuerza, de poder, inferioridad lo es de debilidad. El fuerte puede dominar, sojuzgar al débil, su fuerza lo justifica, puede llegar hasta la agresión, depende sólo de su voluntad, de su estado de ánimo, es una cuestión totalmente subjetiva, no tiene límite. La agresividad contra la mujer ha sido una constante en la historia de la humanidad, soterrada, oculta, generada en la convivencia, en la cercanía de todos los días, en la cotidianidad, precisamente allí donde la persona espera encontrar tranquilidad, amor, paz, respeto y seguridad, la mujer queda indefensa, indefensión que norma su vida desde niña hasta anciana. La vida de la mujer ha estado marcada por su falta de autonomía y libertad, en la sociedad se ha generalizado una actitud despectiva hacia ella, un menosprecio humillante que es una afrenta a su dignidad humana y da lugar a acciones violentas en su contra.

La sociedad humana se caracteriza por ser violenta, el devenir histórico va acompañado de violencia, la guerra ha sido una constante, para ocupar territorios, para apropiarse de riquezas ajenas, el ser humano ha estado inmerso en estas confrontaciones, pero puede asociarlas a causas superiores, a ideas religiosas, a

sentimientos patrióticos y encontrarles alguna justificación, pero la violencia ejercida contra la mujer tiene otra dimensión, va dirigida directamente a la persona, al ser humano mujer, se basa en el simple hecho de que no es un hombre, es una mujer que cumple en la sociedad una función específica: parir, crear vida; es una violencia visceral, enquistada en el tejido social, construida históricamente, es siempre una violencia ejercida por un hombre, amparado en su condición de macho, contra una persona de sexo femenino.

Esta violencia machista atenta contra la vida de la mujer en todas sus facetas, es física: un puñetazo directo al rostro de la mujer; es sexual: la inocencia de una niña violada y embarazada; es emocional: puertas que se cierran impidiendo el libre paso de una mujer, es económica: el llanto que provoca el hambre cuando el alimento no llega. La violencia contra la mujer es el grito de un hombre y el llanto silencioso de una mujer, siempre acompañado de un trato cruel, degradante, inhumano, es el rostro de lo bestial, de la barbarie, de la miseria moral que la humanidad viene arrastrando de antiguo, y que todavía no ha aprendido a superar; es un mundo masculino, construido a partir de que aquel primer primate abocado a asumir su condición humana descubre que la vida, su vida, se origina en un cuerpo de mujer. Esta antigüedad conlleva universalidad; el maltrato y el desprecio hacia la mujer se expresa de manera soez y sarcástica en todas las latitudes y en todas las lenguas que se hablan en el planeta Tierra, el ser humano vive percatándose de ello, muy pronto le dicen que es un hijo de la chingada, aprende a decírselo al otro, y para que no lo olvide le recuerdan a la puta madre que lo parió. Difícil será que los seres humanos sepan respetar al otro, a su semejante, si ni siquiera aprenden a respetar a la madre que los parió.





## Génesis de la sociedad patriarcal

Cuando la realidad del presente que vivimos nos deja perplejos al ver que todavía hoy, en un país como la India gobernado durante largos años por una mujer, cuando nace una niña la partera dice hua, que significa: ha llegado algo, y en contraste el nacimiento de un niño se celebra con grandes fiestas porque ha llegado alguien; cuando en China, después de un largo período de lucha revolucionaria que llevó a la implantación de un régimen socialista, vemos que todavía entre amplias capas de la población continúa siendo un serio problema social el infanticidio femenino; cuando en ciertas culturas la mujer debe cubrir no sólo su cuerpo, sino también su rostro, y sus genitales pueden ser mutilados; cuando todavía en los países de alto desarrollo técnico y científico la mujer no ha alcanzado una verdadera igualdad con el hombre, la condición de la mujer en la sociedad provoca inquietud, preocupación, y como decía el historiador francés Marc Bloch, cuando nuestro presente nos preocupa, buscamos una explicación en el pasado, en ese pasado que la Historia estudia, y que se inicia cuando en el proceso de evolución de la vida, un ser dotado de especiales características físicas comienza a construir su condición humana.

Forum Ediciones